

Horae Homileticae de Charles Simeon no es simplemente una colección de esquemas de sermones; es una manifestación del profundo compromiso de Simeon con los principios de humildad, exaltación del Salvador y promoción de la santidad en la predicación. Inspirado en los principios homiléticos de Jean Claude, Simeon desarrolló este extenso trabajo a lo largo de varias décadas, ofreciendo más de 2,500 esquemas que reflejan su evolución como predicador y su estilo único. Desde su publicación inicial en 1796 hasta su culminación en 1833, *Horae Homileticae* se convirtió en una obra de referencia para predicadores que buscan orientación en la composición de sermones que equilibran verdad revelada y moderación espiritual. Dedicada al Arzobispo de Canterbury, William Howley, esta obra no solo destaca por su amplitud sino también por su intento de dar a cada verdad bíblica el lugar y la consideración que merece según las Escrituras. Acompañada de una edición mejorada del manual devocional de Benjamin Jenks, esta colección es indispensable para aquellos que deseen profundizar en una predicación que verdaderamente toca corazones y transforma vidas.

Alan F. Munden

Clérigo, historiador de la iglesia.

En la alborada del siglo XIX, *Horae Homileticae* de Charles Simeon se erigió como una obra sin precedentes en el ámbito de la homilética en Inglaterra, marcando un hito en la literatura de sermones. Desarrollando el sistema de Claude para la composición de sermones, Simeon ofreció a la comunidad eclesiástica una colección de 2536 esquemas sermonarios distribuidos en veintiún volúmenes. Esta monumental obra no solo demostraba la demanda de recursos que asistieran a los ministros en su labor predicativa, sino que también buscaba contrarrestar la práctica, aún no del todo extinta, de copiar sermones íntegramente. A pesar de las críticas hacia la dependencia que tales ayudas podrían fomentar, *Horae Homileticae* destacó por su profundidad y calidad, convirtiéndose en el recurso más noble de su tipo. Aunque su propósito original pueda considerarse obsoleto hoy en día, el legado de Simeon perdura, influenciando incluso a los comentarios bíblicos contemporáneos mediante la inclusión de notas homiléticas. Este tesoro de la homilética sigue siendo una fuente de

inspiración para una predicación reflexiva y fundamentada en las Escrituras.

Daniel P. Kidder

Teólogo y escritor metodista episcopal estadounidense que pasó varios años en Brasil.

Desde el púlpito de Holy Trinity en Cambridge, donde predicó durante más de cincuenta años, Simeon demostró una perseverancia inquebrantable frente a la resistencia inicial de su congregación. Sus veintiún volúmenes de sermones establecieron un estándar homilético para generaciones futuras, inspirando a predicadores y misioneros a través de su devoción y enseñanza. La intensidad de su pasión por predicar la palabra de Dios y su amor por su gente se manifestaban de manera conmovedora, como en el momento en que, abrumado por la indiferencia de sus oyentes tras décadas de predicación, Simeon se derrumbó en lágrimas en el púlpito. Este acto, lejos de ser una mera demostración emocional, refleja la tragedia de rechazar la gracia de Dios. *Horae Homileticae* encapsula la esencia de un ministerio que, más allá de la erudición, estaba impregnado de un corazón ardiente por la salvación de las almas.

R. Kent Hughes

ex pastor titular de la College Church de Wheaton, Illinois, Estados Unidos. Hughes es autor de numerosos libros, entre ellos el superventas *Disciplines of a Godly Man*.

Horae Homileticae de Charles Simeon es un testimonio del poder transformador de la predicación bien estructurada y apasionada. Este clérigo, cuya influencia se extendió por toda Inglaterra desde el púlpito de Holy Trinity Church en Cambridge, revolucionó la homilética mediante la adopción de una estructura formal en sus sermones, algo que aprendió tras siete años de predicación sin una clara comprensión de cómo construir un sermón efectivo. Su encuentro con un ensayo sobre la composición de sermones le proporcionó las herramientas para canalizar su libertad expresiva en un método que no solo servía al mensaje sino que lo potenciaba. Los 2,536 sermones de Simeon, recogidos en *Horae Homileticae* son el resultado de este enfoque disciplinado y fervoroso, que logra combinar la lógica, la retórica y la ilustración con la verdad bíblica de manera que electrifica al oyente.

Este volumen no solo refleja una técnica depurada sino también una pasión por comunicar el evangelio, tan contagiosa que incluso una niña pequeña podía percibir la intensidad de su compromiso. *Horae Homileticae* es, por tanto, una obra imprescindible para aquellos que buscan profundizar en el arte de la predicación con el fin de transmitir con mayor eficacia el mensaje de la fe cristiana.

Paul S. Rees

Paul S. Rees, autor de *Triumphant in Trouble: Studies in I Peter*, en LibraryThing

Horae Homileticae es una obra monumental que abarca veintiún volúmenes, se erige como un indispensable recurso homilético que ofrece discursos sobre cada libro del Antiguo y Nuevo Testamento. No se trata de comentarios bíblicos en el sentido tradicional, sino de una serie continuada de sermones que, junto con índices copiosos preparados por T. Hartwell Horne, conforman la totalidad de las obras de Simeon. Aunque algunos han descrito estos discursos como “un valle de huesos secos”, la obra invita al lector a asumir el papel de profeta para insuflarles vida. Este llamado a la acción no solo subraya la riqueza y profundidad del material sino también su potencial para revitalizar y enriquecer la predicación contemporánea. Con un precio accesible para su valor, *Horae Homileticae* representa una inversión invaluable para aquellos comprometidos con el arte de predicar, prometiendo ser un tesoro de sabiduría y guía espiritual.

Charles Spurgeon

Horae Homileticae de Charles Simeon emerge en el siglo XIX como una contribución significativa al cuerpo de la literatura evangélica anglicana, destacándose entre las obras de teología y predicación de la época. Este vasto compendio de discursos, que ofrece un comentario detallado sobre cada libro del Antiguo y Nuevo Testamento, refleja la profunda devoción de Simeon por las Escrituras y su compromiso con las doctrinas fundamentales de la corrupción humana por el pecado y la redención a través de Cristo. A diferencia de algunos contemporáneos que menospreciaban el culto público de la Iglesia de Inglaterra en favor de la piedad personal, Simeon era un ferviente defensor de la liturgia anglicana, argumentando que ésta tenía como objetivo elevar las mentes hacia un estado santo y celestial,

fundamentado en Jesucristo como la única esperanza del pecador. Su aprecio por el Libro de Oración Común, al que elogiaba por su temperancia, practicidad y enfoque pacífico, evidencia un equilibrio entre la verdad bíblica y la expresión amorosa de la fe. *Horae Homileticae* no solo es una obra maestra homilética sino también un testimonio del legado de Simeon como un teólogo que, aunque no mostró el rango de erudición de teólogos anteriores, resonó armoniosamente con ellos en su tiempo.

John E. Booty

Profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario de Virginia y en la
Escuela Teológica Episcopal

LEVÍTICO

El Dios que santifica



TEOLOGÍA PARA VIVIR

Fe y Palabra

CHARLES SIMEON

IMPRESO EN LIMA,
PERÚ

LEVÍTICO: EL DIOS QUE SANTIFICA

Autor: ©Charles Simeon

Traducción: Margarita I. Calle.

Revisión de estilo: Yarom Vargas

Diseño de cubierta: Angela L. García-Naranjo

Serie: Biblioteca de Formación Homilética – Volumen 3

Título original:

Charles Simeon, *Horae Homileticae: Genesis to Leviticus*, vol. 1 (London: Samuel Holdsworth, 1836), 565-683.

Editado por:

©TEOLOGIAPARAVIVIR.S.A.C

José de Rivadeneyra 610. Urb. Santa Catalina, La Victoria.

Lima, Perú.

ventas@teologiaparavivir.com

<https://www.facebook.com/teologiaparavivir/>

www.teologiaparavivir.com

Primera edición: Junio del 2024

Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú, N°: 2024-05195

ISBN Tapa Blanda: 978-612-xxx-xx-x

Se terminó de imprimir en junio del 2024 en:

ALEPH IMPRESIONES S.R.L.

Jr. Riso 580, Lince

Lima, Perú.

Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados y exclusivos ©TEOLOGIAPARAVIVIR.S.A.C.

Las citas bíblicas fueron tomadas de las versiones *Reina Valera* de 1960 y de la *Nueva Biblia de los Hispanos*, salvo indique lo contrario en alguna de ellas.

TABLA DE CONTENIDOS

PREFACIO A LA SERIE EN ESPAÑOL	XIII
<i>¿Quién fue Charles Simeon?.....</i>	<i>xvi</i>
<i>Sobre la Biblioteca de Formación Homilética.....</i>	<i>xviii</i>
<i>Sobre esta serie.....</i>	<i>xx</i>
LEVÍTICO	3
§119. LA OFRENDA QUEMADA (LV. 1:3-4)	5
I. La ofrenda.....	6
II. La presentación de la ofrenda.....	7
III. Los beneficios de la ofrenda	9
Conclusión.....	10
§120. LA OFRENDA DE CARNE (LV. 2:1-3)	13
I. La harina fina	15
II. El aceite.....	16
III. El incienso	19
§121. LA OFRENDA DE CARNE ES LA PREFIGURACIÓN DE CRISTO (LV. 2:13)	21
I. La oferta de carne.....	21
II. La estricta ordenanza respecto a la sal.....	24
Aplicaciones.....	26
§122. ESPIGAS VERDES COMO OFRENDAS (LV. 2:14-16).....	29
I. Sus distinciones especiales	30
II. Su importación especial.....	30
III. La instrucción	32
Conclusión.....	35
§123. LAS OFRENDAS DE PECADO Y EXPIACIÓN COMPARADAS (LV. 5:5-6).....	37
I. Compararlos juntos.....	38
II. Lo que ambos fueron diseñados para enseñarnos.....	40
§124. LA EXPIACIÓN: UNA OFRENDA COMO CRISTO (LV. 5:17-19)	47
I. Los pecados de la ignorancia, y el remedio prescrito para ellos.....	48
II. Reflexiones que surgen naturalmente del tema	51
§125. FUEGO EN EL ALTAR NO SE APAGARÁ (LV. 6:13)	55

I. Su típica importancia se debe al Evangelio.....	55
II. Su importancia mística, en relación con la Iglesia	59
Conclusiones.....	62
§126. LA OFRENDA DE PAZ (LV. 7:11)	65
I. Prescripciones particulares de esta ley	65
II. Las ocasiones en que se hizo la ofrenda.....	67
III. Aplicaciones.....	69
§127. DIOS ACEPTA LOS SACRIFICIOS (LV. 9:23-24)	73
I. Los testimonios de su aceptación.....	73
II. Los efectos producidos por ellos.....	76
III. Conclusiones.....	78
§128. LA MUERTE DE NADAB Y ABIHÚ (LV. 10:1-3).....	81
I. El juicio infligido.....	82
II. La sumisión ejercida.....	83
III. Lecciones.....	84
§129. LAS LEYES RELATIVAS A LA LEPRA (LV. 13:45-46).....	87
I. El mal del pecado	87
II. La amargura de esto.....	90
III. Aplicaciones.....	91
§130. PURIFICACIÓN DEL LEPROSO (LV. 14:4-9).....	95
I. Incipiente.....	96
II. Progresivo.....	97
§131. LA LIMPIEZA DEL LEPROSO (LV. 14:14-18)	101
I. Objetivos de la aplicación de la sangre y el espíritu de Cristo a nuestras almas.....	102
II. Cómo aplicar la sangre y el espíritu de Cristo para que sean efectivos según sus propósitos.....	104
Conclusiones.....	108
§132. EL CHIVO EXPIATORIO ES UN TIPO DE CRISTO (LV. 16:21-22)	111
I. El verdadero y propio objeto de la fe.....	112
II. Su efecto en la mente del creyente	113
III. El fruto y el beneficio para nuestra alma	113
§133. DEBERES OBLIGATORIOS DEL GRAN DÍA DE LA EXPIACIÓN (LV. 16:29-30, 33)	117
I. Los motivos de la expiación	118
II. El deber impuesto en el momento de esa expiación.....	120
Conclusiones.....	123

§134. LA PROHIBICIÓN DE COMER SANGRE (LV. 17:10-12)	125
I. <i>El hecho que se declara</i>	126
II. <i>La prohibición como una razón misma</i>	128
<i>Conclusiones</i>	130
§135. LA FIESTA DE LAS PRIMICIAS (LV. 23:15-17)	133
I. <i>Conmemorativo</i>	134
II. <i>Típico</i>	135
III. <i>Instructivo</i>	136
§136. LA FIESTA DE LAS TROMPETAS (LV. 23:23-25).....	139
I. <i>¿Con qué fin se instituyó esta fiesta?</i>	139
II. <i>De qué manera se debía observar</i>	143
<i>Conclusiones</i>	143
§137. LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS (LV. 23:39-43)	147
I. <i>Sus ritos especiales</i>	148
II. <i>Su Principal Objetivo</i>	149
III. <i>Su diseño místico</i>	150
<i>Aplicación</i>	153
§138. LAS LÁMPARAS DE ORO (LV. 24:1-3)	155
I. <i>En sus privilegios</i>	156
II. <i>En sus deberes</i>	157
<i>Conclusiones</i>	159
§139. EL PAN DEL SANTUARIO (LV. 24:5-9).....	163
I. <i>En sus privilegios</i>	164
II. <i>En sus deberes</i>	166
§140. EL CASTIGO DEL BLASFEMO (LV. 24:13-15).....	169
I. <i>El peligro de las conexiones impías</i>	170
II. <i>El peligro de los hábitos impíos</i>	172
§141. EL JUBILEO COMO PREFIGURACIÓN DEL EVANGELIO (LV. 25:9-11)	175
I. <i>Tiempo y forma de su proclamación</i>	176
II. <i>En las bendiciones que traen</i>	177
<i>Conclusiones</i>	180
§142. EL AÑO SABÁTICO (LV. 25:20-22).....	183
I. <i>Para recordarles que Dios es poseedor de todo</i>	184
II. <i>Para mantenerlos alejados de la mentalidad terrenal</i>	185
III. <i>Para llevarlos a confiar en Él</i>	186
IV. <i>Para hacerlos testigo de su cuidado providencial</i>	186
V. <i>Para tipificar la felicidad del cielo</i>	187

§143. LAS PROMESAS DE DIOS A LOS ARREPENTIDOS (LV. 26:40-42)	191
.....	191
I. <i>¿Cuál es ese arrepentimiento que Dios quiere?</i>	192
II. <i>La conexión entre eso y el ejercicio de la misericordia</i>	194
III. <i>El fundamento y la medida de esa misericordia que los penitentes pueden esperar</i>	195

*In absentia lucis,
tenebrae vincunt,
et lux in tenebris lucet,
et tenebrae eam non comprehenderunt.*

*En ausencia de la luz,
las tinieblas vencen;
pero la luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la comprendieron.*

PREFACIO A LA SERIE EN ESPAÑOL

Hace poco más de un siglo, el reconocido teólogo presbiteriano Robert Dabney (1820-1898) expresó lo siguiente:

Si ignorásemos completamente las actividades de épocas anteriores, solo estaríamos familiarizados con aquellas fases de la naturaleza humana y solo poseeríamos un conocimiento práctico de los asuntos que se encuentran dentro de nuestro limitado campo de observación. ¡Cuán pequeña es esta porción en el vasto campo de la vida! Quien solo conozca esto, indudablemente tendrá una mentalidad muy limitada. Además, la experiencia derivada de nuestra propia observación solo se adquiere en su totalidad una vez que la observación ha concluido; es decir, después de que nuestra vida aquí haya terminado. Por lo tanto, la experiencia se adquiere demasiado tarde para ser de alguna utilidad. Es mediante el conocimiento del pasado que el joven adquiere la experiencia de los años. Mientras mantiene la energía y la iniciativa propias de la juventud, y aún es tiempo para actuar, la historia dirige sus acciones con la prudencia y sabiduría propias de un anciano venerable. El conocimiento del pasado permite combinar los mejores atributos de ambas etapas de la vida en una sola persona... Las instituciones públicas [Iglesia o Estado], cuyas actividades tienen un amplio alcance y cuya conducta adecuada es crucial para el bienestar de muchas personas bajo su influencia, nunca deberían ser encomendadas a alguien que no haya adquirido un amplio

conocimiento práctico de instituciones similares a lo largo de la historia.

Aquel que se propone enseñar, legislar o gobernar, ya sea en la Iglesia o en el Estado, sin poseer sabiduría histórica, es simplemente un imprudente novato. Su irresponsable locura es comparable a la de un curandero que se atreve a asumir las responsabilidades de un médico sin haber visto ni leído sobre la práctica médica.¹

Las palabras de Dabney, aunque escritas hace más de un siglo, resuenan con fuerza hoy en día, especialmente en el contexto de América Latina. El estudio de la historia otorga sabiduría y madurez a los jóvenes, quienes de otra forma carecerían de estas cualidades. La iglesia en América Latina ha sido caracterizada como “amplia en número, pero superficial en profundidad”; es decir, una iglesia numerosa, pero poco madura. Si consideramos a la iglesia a través de sus líderes, no es equivocado afirmar que existe una falta de madurez en nuestro liderazgo. Una causa principal de esta carencia puede ser el desconocimiento de la historia eclesiástica, así como de los modelos de ministerio pastoral y de predicación a lo largo de ella. Es importante recordar que nadie se convierte en gigante sin haber pasado tiempo con gigantes. Les invito a examinar las vidas de aquellos a quienes Dios ha usado de manera significativa; no solo a los populares, sino también a aquellos hombres y mujeres de inusual madurez y sabiduría. Al hacerlo, descubrirán un patrón común: aprendieron de gigantes.

Entre estos gigantes, posiblemente no haya mejor guía para enseñar a un joven predicador que Charles Simeon (1759-1836). Tal vez ninguna otra figura en la historia de la iglesia haya influido tanto en la formación de pastores y predicadores como Simeon, con la posible excepción de Juan Calvino (1509-1564). Simeon no solo enseñó a realizar una exégesis del texto, sino también a aplicarlo a sus congregaciones de una manera que mostrara a Cristo, promoviera la

¹ Robert L. Dabney, *Discussions by Robert Lewis Dabney: Evangelical*, ed. C. R. Vaughan, vol. 2 (Richmond, VA: Presbyterian Committee of Publication, 1891), 12-13.

santidad y confrontara el pecado. Si deseamos que la nueva generación de predicadores latinoamericanos alcance madurez homilética y pastoral, debemos animarlos a pasar tiempo con los gigantes. Es crucial que no se limiten solo a leer los últimos libros de moda, sino aquellos textos que han impactado a generaciones enteras.

Consideremos los hábitos de lectura de un joven cristiano en el tiempo de John Owen (1616-1683), quien compuso obras como *Victoria sobre el pecado y la tentación* dirigidas a jóvenes y adolescentes, y compárelos con los hábitos de lectura de un joven cristiano contemporáneo. La mayoría de los jóvenes hoy en día no lee, y aquellos que lo hacen, a menudo optan por literatura que, en el mejor de los casos, se asemeja a la autoayuda evangélica. Falta profundidad y madurez en sus lecturas. No es casualidad que Jonathan Edwards (1703-1758) redactara sus *70 Resoluciones* a la edad de 19 años. Alcanzar tal madurez espiritual demanda un esfuerzo sostenido y riguroso en el estudio de la Palabra de Dios desde una edad temprana. Esta sabiduría solo se logra invirtiendo tiempo con los gigantes del pensamiento cristiano, y cuanto antes se inicie, mejor. Es preocupante que nuestros jóvenes sean capaces de entender complejas fórmulas de matemáticas y física, pero se encuentren perdidos frente a textos teológicos de mediana complejidad. Esto podría indicar, en el mejor de los casos, una falta de interés por conocer a Dios, falta de madurez y pereza espiritual.

Este patrón de búsqueda profunda de conocimiento y sabiduría se ha repetido a lo largo de la historia y fue ejemplificado por nuestro Señor Jesucristo, quien a los doce años ya dialogaba con los líderes religiosos de su tiempo, asombrándolos con su inteligencia y sabiduría (Lucas 2:41-52). No hay nada más crucial para alcanzar la madurez cristiana que nutrirse de la sabiduría acumulada a lo largo de los siglos, y esto es aún más esencial para aquellos que se preparan para el ministerio pastoral. Aprendemos a predicar imitando a grandes predicadores del pasado como modelos a seguir. Con el advenimiento de internet, tenemos acceso sin precedentes a una gran cantidad de

material en línea, incluyendo predicaciones y enseñanzas de todo tipo. Sin embargo, precisamente por esta razón, es más importante que nunca aprender no solo de predicadores contemporáneos sino también de aquellos que han dejado su marca a lo largo de la historia. Invito al lector a que permita que uno de los maestros más grandes de la predicación, quien ha enseñado a innumerables generaciones de predicadores, pastores y misioneros, se convierta en uno de sus guías.

¿Quién fue Charles Simeon?

Charles Simeon (1759-1836) fue un pastor anglicano y líder de un movimiento de renovación evangélica que tuvo un profundo impacto en miles de predicadores británicos durante el siglo XIX.² Su influencia perdura hasta hoy, tanto a través de su legado personal en figuras como John Stott (1921-2011) y Martyn Lloyd-Jones (1899-1981), quienes se consideraban herederos de dicho legado, como por medio de instituciones establecidas bajo su inspiración, como el *Charles Simeon Trust*.³ Durante sus cincuenta y cuatro años de ministerio pastoral en la Iglesia de la Trinidad en Cambridge, Simeon impartió sermones expositivos de toda la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis, semana tras semana. Dedicó más de treinta años a enseñar y formar a predicadores.⁴

Sus sermones fueron recopilados en veinte voluminosos tomos titulados *Horae Homileticae*, los cuales incluyen una selección de 2536 sermones que abarcan toda la Biblia.⁵ A lo largo de su extenso ministerio, que duró más de medio siglo, se estima que formó

² Puede leer una introducción biográfica a Charles Simeon aquí: <https://semperreformandaperu.org/2023/03/02/quien-fue-charles-simeon/>.

³ Ver: <https://simeontrust.org/es/>

⁴ *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, editado por F. L. Cross and Elizabeth A. Livingstone (Oxford; New York: Oxford University Press, 2005), 1513.

⁵ Lt. *Horae Homileticae*, puede ser traducido literalmente como Horas Homiléticas, u Oficios Homiléticos.

directamente a más de 1000 pastores.⁶ Su influencia, ampliada a través de sus escritos, fue aún más significativa. Simeon tuvo un impacto directo en la formación de al menos catorce generaciones de predicadores y estudiantes de la Universidad de Cambridge. Su influencia se extendió a pastores, misioneros y líderes evangélicos, dejando una huella en casi un siglo de historia en el Reino Unido y, a través de las misiones, en todo el mundo.

Simeon entendía que la mejor forma de aprender a predicar es practicando. Sin embargo, subrayaba que para que esta práctica fuera efectiva, debía ser una práctica guiada. Advertía que practicar todos los días cometiendo los mismos errores no solo impediría la mejora, sino que haría más difícil corregir esos errores. Este principio también se aplica a la predicación. La ayuda, formación y corrección por parte de otros maestros experimentados son indispensables para progresar como predicadores y expositores de las Escrituras. Simeon escribió su *Horae Homileticae* con el objetivo de que sirviera de guía para los predicadores, ofreciendo un patrón, un modelo, un apoyo tanto para los ministros con décadas de experiencia en la exposición de las Escrituras como para aquellos que están comenzando.

Charles Simeon es recordado por su distintiva manera de predicar, una característica capturada en una serie de seis siluetas por Auguste Edouart (1789-1861). En estas obras, se le representa en diferentes actitudes en el púlpito: exponiendo, desarrollando, suplicando, implorando, impartiendo y concluyendo. Su estilo era serio y claro, con la capacidad de ser profundamente emotivo, hasta el punto de derramar lágrimas mientras predicaba. Para Simeon, era crucial no solo el contenido de lo que se pronunciaba, sino también la manera de expresarlo. La elocuencia evangélica, incluyendo la declamación y el estilo discursivo en la predicación, es una destreza que se ha ido perdiendo en la actualidad, pero que fue muy valorada por generaciones

⁶ A. F. Munden, "Simeon, Charles," ed. Timothy Larsen et al., *Biographical Dictionary of Evangelicals* (Leicester, England; Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2003), 612.

pasadas. Los sermones aburridos, que se limitan a exponer un texto sin transmitir vida, contradicen el énfasis reformado en la combinación de Espíritu y Palabra, corazón e intelecto, elementos que deben estar presentes de manera equilibrada.

No obstante, la influencia de Simeon trascendió las fronteras de su Inglaterra natal, extendiéndose también al extranjero, no solo a través de sus estudiantes, muchos de los cuales se convirtieron en misioneros, sino también mediante la fundación de la “Sociedad Misionera de la Iglesia para las misiones en África y Oriente”.⁷ Simeon fue un ferviente promotor de la obra misionera en África y Asia, tanto en la recaudación de fondos como en la promoción de estas labores. Su impacto en este campo permanece vigente hasta nuestros días.

Sobre la Biblioteca de Formación Homilética

La Biblioteca de Formación Homilética surge de la firme convicción de la importancia de nutrirse de los ejemplos de los más destacados predicadores. También responde a la necesidad de tener una guía sobre cómo exponer el texto de las Escrituras de manera coherente con la revelación divina y cómo aplicarlo a las necesidades específicas de nuestros oyentes. En este sentido, Charles Simeon es posiblemente una de las figuras históricas con las mejores credenciales para esta tarea. Esta colección de libros no constituye un comentario bíblico per se, aunque sí realiza un análisis del texto bíblico. Tampoco se trata de una guía hermenéutica sobre cómo interpretar el texto bíblico, aunque incluye numerosos principios hermenéuticos.

Esta serie de libros es una compilación de sermones sobre toda la Biblia. Su objetivo es ser una herramienta homilética útil para la preparación de sermones, la enseñanza de las Escrituras y la guía de devocionales familiares o personales. Se destacan seis características distintivas de esta colección:

⁷ P. Toon, “Simeon, Charles,” ed. J.D. Douglas and Philip W. Comfort, *Who’s Who in Christian History* (Wheaton, IL: Tyndale House, 1992), 625.

1. **Exposición Exegética:** La serie de Simeon se esfuerza por hacer justicia al texto de las Escrituras. Aunque no se ofrece un análisis exhaustivo verso por verso, proporciona los elementos necesarios para una interpretación y aplicación clara del texto inspirado.
2. **Cristocéntrica:** La interpretación del texto debe ir más allá de su significado original, buscando cómo este señala hacia la obra, mensaje y persona de Cristo. Simeon asume que las Escrituras son un mensaje de Cristo, de modo que una correcta exégesis resultará inevitablemente en una perspectiva cristocéntrica.
3. **Confesionalidad Reformada:** Simeon, al igual que la mayoría de los protestantes a lo largo de la historia, creía en interpretar las Escrituras dentro del marco y límites de los credos y confesiones de fe. Se identificaba con la vertiente de la teología reformada protestante representada por los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra y el Libro de Oración Común.
4. **Relevancia Homilética:** Las obras de Simeon explican y aplican el texto de manera que confronten al pecador, exalten al Salvador y promuevan la santidad. Ofrecen lecciones valiosas sobre la aplicación del texto bíblico a situaciones específicas.
5. **Lectura Devocional:** Las obras de Simeon son de gran valor para la devoción personal y familiar, diseñadas para el estudio personal y como guía para la adoración familiar. Leer un sermón de Simeon en familia puede ser una excelente manera de crecer juntos en la fe.
6. **Aplicación Evangelística:** La promoción de misiones fue una característica destacada del ministerio de Simeon, reflejada en sus escritos. Esta serie inspirará a los lectores a compartir el evangelio, y muchos de los sermones pueden servir como guías

para la predicación evangelística, siendo adecuados incluso para la lectura de no creyentes.

Sobre esta serie

Esta serie de comentarios se presenta en la edición original, sin ningún tipo de abreviatura o resumen, manteniendo las notas originales del autor. Los títulos y subtítulos, así como las divisiones y estructura de cada sermón, se conservan tal como los estableció Charles Simeon. No se ha realizado ninguna modificación en estos aspectos. Sin embargo, se ha actualizado el sistema de numeración: en lugar de los números romanos utilizados originalmente, se han adoptado números cardinales para facilitar la comprensión. La colección completa constará de aproximadamente 40 volúmenes y su publicación se extenderá a lo largo de los próximos veinte años. Con este proyecto, aspiramos a contribuir significativamente a la formación de las futuras generaciones de pastores y predicadores en el ámbito de habla hispana.

Lunes 27 de mayo, 2024

Belfast, Reino Unido

Jaime D. Caballero

Editor general

HORÆ HOMILETIÆ:

O

DISCURSOS

RECOPIADOS EN UNA SERIE CONTINUA,

Y FORMANDO UN COMENTARIO

SOBRE CADA LIBRO DE

EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO;

AL QUE SE ANEXA

UNA EDICIÓN MEJORADA DE UNA TRADUCCIÓN DE

EL ENSAYO DE CLAUDE SOBRE LA COMPOSICIÓN DE UN SERMÓN

EN VEINTIÚN VOLÚMENES

POR EL REVERENDO

CHARLES SIMEON, M.A.

CATEDRÁTICO EMÉRITO DEL KING'S COLLEGE, CAMBRIDGE

VOL. I.

GÉNESIS A LEVÍTICO

LONDRES:

SAMUEL HOLDSWORTH,

AMEN CORNER, PATERNOSTER ROW

1836



CHARLES SIMEON (1759-1836)

LEVÍTICO

§119. LA OFRENDA QUEMADA (LV. 1:3-4)

“Si su ofrenda es un holocausto del ganado, ofrecerá un macho sin defecto; lo ofrecerá a la entrada de la tienda de reunión, para que sea aceptado delante del Señor. Pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y le será aceptado para expiación suya” Lv. 1:3-4

La institución de los sacrificios es tan antigua como el mundo mismo. Tan pronto como el hombre caía, necesitaba una expiación, y Dios proveyó una expiación, quien prometió que la semilla de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. No podemos dudar razonablemente, pero el mismo Dios, quien, según se nos dice, vistió de pieles a nuestros primeros padres, designó que las bestias, cuyas pieles se usaban para ese propósito, fueran el primer sacrificio a Él. ¿De dónde, si Dios no lo había sancionado originalmente, debería Abel pensar en ofrecer las primicias de su rebaño? y ¿por qué ese mismo sacrificio debería recibir aprobación divina? La distinción entre animales limpios e inmundos se conocía antes del diluvio, y un número adicional de los limpios fueron llevados al arca, para que hubiera con qué ofrecer sacrificio al Señor, cuando el diluvio se redujera.

También Abraham, Melquisedec y Job ofrecieron sacrificios antes de que se conociera el ritual mosaico, de modo que Moisés no introdujo nuevas instituciones, sino que reguló las que ya existían antes, y dio instrucciones al respecto, que se ajustaban a la dispensación que su ritual pretendía prefigurar. Los sacrificios son de dos clases,

propiciatorios y eucarísticos; uno para expiar los pecados cometidos y otro para dar gracias por las misericordias recibidas. Existen seis tipos diferentes de sacrificios propiciatorios (todos los cuales aparecen en los siete primeros capítulos del Levítico), el holocausto, la ofrenda de carne, la ofrenda por el pecado, la ofrenda por la culpa, la ofrenda de consagraciones y la ofrenda de paz (cf. Lev. 7:37. No todas fueron propiciatorias, sino que fueron contadas con el propiciatorio, porque algunas fueron quemadas en el altar de bronce). Hablaremos de la primera de ellas.

I. La ofrenda

El holocausto era el más antiguo y digno de todos los sacrificios, y al mismo tiempo el más frecuente; había dos todos los días del año, excepto los sábados, en los que siempre se doblaba el número. Las cosas en que consistía variaban según la habilidad del oferente (cf. Ver 3, 10, 14): podía ser tomada de entre la manada, o el rebaño, o de las aves, para que nadie tuviera excusa para retenerla en su momento. Con esta adaptación de la ofrenda a las circunstancias de los hombres, se pretendía que cada uno evidenciara la sinceridad de su corazón al presentar a Dios la mejor ofrenda que pudiera; y que nadie se desalentara de acercarse a Dios por la consideración de que no podía presentarle la ofrenda que pudiera desear. La tórtola o paloma joven era tan aceptable para Dios como el carnero o el buey, siempre que se ofreciera con un estado de ánimo adecuado. En efecto, las instrucciones relativas a la ofrenda del pobre eran tan minuciosas y particulares como cualquier otra (cf. Ver. 14-17). Incluso mostraban que Dios no hace diferencias entre las personas, y que sus ministros también deben preocuparse por el bienestar, y estar atentos a los intereses de los más pobres de su rebaño, así como de los más opulentos.

Era indispensable que la ofrenda, ya sea del rebaño o de las manadas, debía ser un macho sin defecto. Debía ser la más excelente de su clase, para prefigurar adecuadamente las excelencias de nuestro

Dios encarnado; quien, de todos los que han participado en nuestra naturaleza, era el único verdaderamente sin pecado. Si tuviera la más pequeña imperfección, no podría haber sido una propiciación por nuestros pecados. Por lo tanto, había que tener el mayor cuidado al examinar las ofrendas que lo prefiguraban, para que pudieran, en la medida de lo posible, ejemplificar su perfección inmaculada.

II. La presentación de la ofrenda

Aquí también notamos que se respetan las instrucciones muy minuciosas:

a. El oferente

Debe traer su sacrificio por su propia voluntad. Debe sentir su necesidad de misericordia, y estar muy deseoso de obtenerla. Debe ser consciente que sólo encontrará misericordia a través de un sacrificio, y debe aceptar agradecido la oportunidad que se le ofrece; sin tener en cuenta a Dios su deudor por el sacrificio que se le ofrece, sino que Él mismo es deudor de Dios, por su permiso para acercarse a Él de esa manera.

Debe llevar su sacrificio a la puerta del tabernáculo de la congregación, delante del Señor. Al hacer esto, debe reconocer que el Señor habitaba allí de una manera peculiar, públicamente, ante todo el pueblo, se reconoce como pecador igual que sus hermanos, y que necesita de la misericordia igual que el más vil de la raza humana. No había ningún grado de preferencia; pero todos debían ver y sentir que sólo había un camino de salvación para el hombre caído.

Además, debía poner su mano sobre la cabeza de su ofrenda. Con esta acción significativa, declaró aún más claramente, que debía perecer, si alguna vez sus pecados eran visitados; y que toda su esperanza de aceptación con Dios estaba fundada en los sufrimientos vicarios de esta devota víctima.

b. La ofrenda

Esto debe ser asesinado (ya sea por el oferente o el sacerdote, es incierto)¹ y su sangre debía rociarse alrededor del altar. El animal sacrificado debía ser desollado y cortado en pedazos, según una regla prescrita: las entrañas y las patas, que se supone necesitan purificación, eran lavadas y, junto con todo el cuerpo, quemadas sobre el altar. Sólo quedaba la piel, como un requisito del sacerdote.

“También al sacerdote que presente el holocausto de alguien, la piel del holocausto que haya presentado será para él.” Lv. 7:8

Vemos en estas sombras una sorprendente exhibición de los sufrimientos del Hijo de Dios, que a su debido tiempo se convirtió en un sacrificio por los pecados del mundo entero. La muerte fue la paga por el pecado bajo la ira de un Dios ofendido. Es cierto que la consumación de un animal por el fuego no era más que una representación tenue de esa miseria, que debemos soportar por toda la eternidad; y de la que nuestro bendito Señor sostuvo, tanto en su cuerpo como en su alma, cuando murió bajo la carga de nuestras iniquidades.

El lavado parcial del sacrificio podría probablemente denotar la perfecta pureza de Cristo; o tal vez podría intimar la concurrencia del Espíritu Santo, por cuya agencia divina fue preparado para un sacrificio, y por cuya ayuda todopoderosa fue capacitado para ofrecerse a sí mismo a Dios: porque por el Espíritu eterno que se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios.

¹ Nos parece que fue el sacerdote, o algún levita que lo ayudaba. Ver ver. 15. Puede verse la misma ambigüedad cuando dice “ellos” en 2 Cr. 29:22, pero está claro, a partir del ver. 34 de ese capítulo, que ni los sacerdotes ni los oferentes mataban los sacrificios; sino que los levitas los mataban, y los sacerdotes recibían la sangre.

III. Los beneficios de la ofrenda

Se aceptó para el oferente, para hacer una expiación por él. Como había dos tipos de culpa, ceremonial y moral, también había dos tipos de absolución, una real a los ojos de Dios, la otra meramente externa y oscura. Observamos entonces en relación a estos sacrificios, que se limpiaban de la profanación ceremonial realmente, y de la profanación real ceremonialmente. Había ciertas cosas, no malignas en sí mismas, sino que se hacían por designación especial de Dios, (como el tocar una tumba o un cadáver;) y las personas que las habían hecho debían ser consideradas inmundas, hasta que fueran purificadas de la manera prescrita; y su observancia de las formas prescritas las purificaba realmente de la contaminación que habían contraído, de modo que no se les imputara ninguna culpa, ni se les infligiera ningún castigo, ni en el tiempo ni en la eternidad.

Por otra parte, había cosas realmente malas (como el robo o el perjurio) que sometían al infractor a un castigo según las leyes del hombre; ahora bien, la culpa de estos delitos no se purgaba con los sacrificios designados, más allá de la exención de la persona del castigo denunciado por la ley; su conciencia seguía estando cargada de culpa; y debía, a pesar de todos sus sacrificios, responder de sus delitos ante el tribunal de Dios. Esta es la distinción que nos hace el mismo Dios, que dice que la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la vaquilla que rociaban a los impuros, santificaban realmente para la purificación de la carne; pero nunca pudieron hacer a un hombre perfecto en cuanto a la conciencia; en ese sentido, no era posible que la sangre de los toros y de los machos cabríos pudiera quitar los pecados.

Cabe preguntarse entonces, ¿qué beneficio hubo para contrarrestar el costo y los problemas de los sacrificios? Yo respondo, que una exención de los juicios temporales, ya sea infligidos por Dios o por el hombre, era un gran beneficio, pero ser animado a venir a Dios como un Dios misericordioso y clemente, y tener a Cristo tan clara y

constantemente exhibido ante sus ojos, era un beneficio enorme que nunca hubiese podido ser comprado ni por mil colinas.

Conclusión

En esta ordenanza podemos encontrar:

a. Grandes lecciones

De todos los temas que se pueden ofrecer a nuestra vista, no hay ninguno que pueda soportar la menor comparación con el tema principal del Evangelio, Cristo crucificado: y casi había dicho, que el Nuevo Testamento mismo apenas lo despliega más claramente, que la ordenanza que tenemos ante nosotros. ¿Qué imaginaría el más ignorante de los judíos, cuando viera el sacrificio llevado a cabo, el oferente poniendo su mano sobre él, y el sacerdote matándolo, y después reduciéndolo a cenizas? ¿No vería que había una sustitución manifiesta de una criatura inocente en lugar de la culpable, y que esa misma sustitución era la forma de reconciliar al ofensor con Dios? Puede ser que una persona que no conozca la naturaleza típica de esas ordenanzas sea inducida a atribuir el beneficio a la ordenanza misma, sin mirar a través de ella al sacrificio que se prefigura, pero sí era claro que la aceptación de Dios se daba por medio de un sacrificio vicario.

Sin embargo, nosotros los cristianos que vivimos bajo la luz meridiana del Evangelio, necesitamos que se nos diga que debemos salvarnos enteramente por medio de la expiación de Cristo. Después de todo lo que un ministro, o el mismo Dios, puede decir, la gran mayoría de nosotros buscará la aceptación, en todo o en parte, por nuestra propia justicia. Volvamos a la Ley y que un judío nos enseñe que aquellos a los que despreciamos por su ignorancia, son los preceptores. Es una vergüenza y un escándalo que la salvación por Cristo sea tan poco conocida entre nosotros, y que los predicadores se representen como exponentes de una nueva doctrina.

“Sean sobrios, como conviene, y dejen de pecar; porque algunos no tienen conocimiento de Dios. Para vergüenza de ustedes lo digo” 1 Co. 15:34

“Entonces tomaron a Pablo y lo llevaron al Areópago, diciendo: ¿Podemos saber qué es esta nueva enseñanza que usted proclama?” Hc.17:19

Instruye, pues, a los que se oponen a Cristo crucificado, y que ignorantemente buscan establecer su propia justicia, aprende, incluso de la propia Ley, a abrazar el Evangelio, y besa al Hijo, no sea que se enoje y perezca en el camino.

b. Mucho para nuestra imitación

Todo aquel cuya conciencia lo convenció de pecado, ofreció, voluntariamente, el mejor sacrificio que pudo, sin renegar de nada por lo que pudiera honrar a Dios o promover su propia salvación. Un incrédulo podría preguntar: ¿Por qué desperdiciar todo este ganado consumido por el fuego, en vez de venderlo o darlo a los pobres? Pero el hombre que teme a Dios, respondería que no es desperdicio aquello que, de alguna manera, resulta en el honor a Dios y a nuestra salvación. Este es el espíritu que debe animarnos.

Podemos ser llamados a hacer sacrificios por Dios: nuestra reputación, nuestro interés, nuestra libertad, nuestra misma vida, pueden usarse para su servicio, y ¿debemos sufrir para hacer sacrificios? Muchos de nosotros seguimos más bien una religión fácil cuya principal ansiedad es, llegar al cielo con el mínimo esfuerzo, y sacrificarse por Dios lo menos posible. Pero si son pobres, su escasez no puede perdonarse; y si son ricos, su víctima es demasiado costosa. Dejemos de lado esos pensamientos tan bajos y mezquinos, dejemos que el espíritu liberal del cristianismo more en nuestras almas. No dejes que nada de lo que has soportado sacuda tu fe, ni nada que puedas soportar; disponte a ser capturado, o incluso a morir, por el Señor.

Nuestras concupiscencias serán sacrificadas y consumidas completamente cuando sean mortificadas. Debemos llevar al altar con nuestras propias manos y, voluntariamente, ofrecer a Dios aquellas cosas que retenemos inocentemente y que Dios no usa o no quiere en nosotros. No guardemos nada que compita con nuestro deber y dañe nuestra buena conciencia ante Dios. Preséntate ante Dios como sacrificio vivo, porque es un servicio razonable, y será aceptado por Él. *“Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios, que es el culto racional de ustedes”* Ro. 12:1

§120. LA OFRENDA DE CARNE (LV. 2:1-3)

“Cuando alguien ofrezca una ofrenda de cereal como ofrenda al Señor, su ofrenda será de flor de harina, sobre la cual echará aceite y pondrá incienso. Entonces la llevará a los sacerdotes hijos de Aarón; y el sacerdote tomará de ella un puñado de la flor de harina, con el aceite y con todo su incienso, y el sacerdote la quemará como memorial sobre el altar. Es una ofrenda encendida de aroma agradable para el Señor. El resto de la ofrenda de cereal pertenece a Aarón y a sus hijos. Es cosa santísima de las ofrendas encendidas para el Señor.” Lv. 2:1-3

Para una exposición juiciosa de los tipos, es necesario que tengamos ciertos cánones de interpretación, a los que debemos adherirnos; porque, sin ellos, podemos vagar en suposiciones, y concluir en inexactitudes sobre aquellas Escrituras que nos comprometemos a explicar. Ahora bien, hay que recordar que Cristo y su Iglesia, junto con toda la obra de salvación, ya sea como la ha realizado o como la ha disfrutado, fueron objeto de una típica exhibición. A veces el tipo prefiguraba más inmediatamente a una parte de este tema, y a veces a otra; y a veces se aplicaba a diferentes partes al mismo tiempo. El tabernáculo, por ejemplo, representaba ciertamente a Cristo, en quien habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad; y representaba también a la Iglesia, en la que la presencia de Dios se manifiesta más especialmente, y su servicio más eminentemente cumplido.

Los tipos instituidos expresamente para prefigurar las cosas espirituales, tienen un significado determinado en sus mínimos detalles; y es muy probable que tengan siempre una doble realización, una en Cristo y otra en la Iglesia. Por ejemplo, todo sacrificio dirige indudablemente nuestra mirada a Cristo; sin embargo, nosotros mismos, junto con nuestros servicios, somos representados frecuentemente como sacrificios aceptables para Él: lo que demuestra que los sacrificios tienen también una referencia adicional para nosotros. Pero aquí es de gran importancia que distingamos entre las expresiones del Nuevo Testamento que son meramente metafóricas y las que son aplicaciones directas de los tipos. El Apóstol Pablo, hablando de la probabilidad de su propio martirio en la causa de Cristo, decía que, si se ofrecía el sacrificio y servicio de nuestra fe, se alegraría y se regocijaría con todos nosotros.

Aquí alude a las ofrendas de bebida, que siempre se derramaban sobre los sacrificios; e insiste en que estaba dispuesto a que su sangre se derramara de la misma manera por el bien de la Iglesia. Esto, como metáfora, es hermoso; pero si hiciéramos los sacrificios típicos de la fe y las libaciones típicas del martirio, y de ahí procediéramos a explicar todo el tipo de manera similar, deberíamos despreciar todo el conjunto. La regla que se debe seguir es la siguiente: seguir estrictamente las explicaciones apostólicas en la medida en que las tengamos, y donde no las tengamos, proceder con extrema precaución, atenerse rígidamente a la analogía de la fe y alejarse lo más posible de todo lo que pueda parecer de fantasía, o dar ocasión a los cavilistas de descartar por completo las exposiciones típicas.

Las observaciones anteriores son particularmente aplicables al tema de nuestra presente consideración. Comprendemos que la ofrenda de carne se aplicaba tanto a Cristo como a su Iglesia; pero en algunos casos la aplicación parecería forzada; y por lo tanto pensamos que es mejor omitir algunas cosas que posiblemente pertenezcan al tema, que oscurecer el conjunto por cualquier cosa de naturaleza dudosa. Por otra parte, hay en este tipo tal multitud de particulares, que no sería posible

hablar satisfactoriamente de todos ellos en un solo sermón, si los tomáramos en la visión más completa; nos limitaremos, pues, a las observaciones que se encomienden a nuestro juicio, sin dejaros perplejos por una diversidad demasiado grande, por una parte, o por cualquier cosa imaginaria o dudosa, por otra.

Para que podamos procesar el tema de una manera fácil de entender, distinguiremos la ofrenda de carne por su gran característica principal, y la consideraremos sólo desde ese punto de vista. El holocausto tipificaba exclusivamente la expiación de Cristo: la ofrenda de carne tipificaba nuestra santificación por el Espíritu.

En cuanto a las ofrendas de carne que acompañaban a los quemados declarados, ellas, junto con sus ofrendas de bebida, se consumían totalmente sobre el altar; pero las que eran ofrecidas por ellos mismos, se quemaban sólo en parte; el resto se daba a los sacerdotes para su apoyo. De esto es de lo que vamos a hablar ahora. Los diferentes materiales de los que estaban compuestos nos servirán para una fácil y natural distribución del tema.

I. La harina fina

Lo primero que debemos notar es, “La harina fina” .

Cualquier cosa que veamos quemada en el altar de bronce, podemos estar seguros de que era típica de la expiación de Cristo: si era la carne de las bestias, o los frutos de la tierra, no había diferencia en este aspecto: igualmente tipificaba su sacrificio. Esto se desprende no sólo de la ofrenda de carne que se menciona frecuentemente junto con el holocausto (cf. Salmos 40:6 -8 y Hebreos 10: 5-8), sino también de su mención expresa como medio de expiación de la culpa moral (cf. 1 Sa. 3:14 y 26:19. Mincha es la ofrenda que se menciona en ambas referencias).

Es por ello que lo incluimos entre los sacrificios propiciatorios, a pesar de que su uso en otros aspectos fue muy diferente. Hay, en efecto, en el modo de tratar esta fina harina, algo muy adecuado para

ensombrecer los sufrimientos de Cristo: se cocinaba (en una sartén o en un horno) o se freía, y, cuando se formaba una torta, se rompía y se quemaba sobre el altar. ¿Quién puede contemplar esto y no ver en ello las tentaciones, conflictos y agonías del Hijo de Dios? No podemos dejar de reconocer en estas cosas a aquel que fue herido por nuestras transgresiones y molido por nuestras iniquidades; que él mismo nos dice que era el verdadero pan, del que todo el que comía debía vivir para siempre.

Al final del capítulo se nos dice que, a pesar de las primicias, cuando se ofrezcan como primicias, no se pueden quemar en el altar (cf. Ver. 12), pero si se ofrecen como ofrenda, se aceptarán (cf. Ver. 14-16); y que en ese caso las espigas deben secarse al fuego y el maíz debe ser batido, para ser usado en lugar de la harina. El misterio en ambos casos era el mismo: la excelencia de Cristo se manifestaba en la calidad del maíz, y sus sufrimientos en la disposición del mismo.

II. El aceite

Luego notaremos también, el aceite. Aunque el sacrificio de Cristo es el fundamento de todas nuestras esperanzas, no servirá para nuestra aceptación final con Dios, a menos que seamos renovados en el espíritu de nuestras mentes, y seamos reunidos para la herencia celestial. Pero para llevar a cabo esto, es la obra del Espíritu Santo, por cuyas graciosas operaciones podemos mortificar las obras del cuerpo y alcanzar la imagen divina en nuestras almas. Por lo tanto, al acercarse a Dios con su ofrenda, debían mezclar aceite con la harina, o ungir la con aceite, después de haberla convertido previamente en una torta.

No negamos que esta parte de la ordenanza pueda representar, en cierto modo, las dotes de Cristo, que fue ungido para su obra, y preparado para ello, por una medida sobreabundante del Espíritu Santo; pero, nos limitaremos a decir que fue destinada particularmente a marcar la santificación de nuestras almas (cf. Lc. 4:18, Jn. 3:34). Y en esto tenemos la sanción de dos personas inspiradas, un Profeta y un

Apóstol, los cuales, ambos, se refieren a la mincha como expresiva de esta misma idea. Isaías habló de la conversión de los gentiles en los últimos días.

“Entonces traerán a todos sus hermanos de todas las naciones como ofrenda al Señor, en caballos, en carros, en literas, en mulos y en camellos, a Mi santo monte, Jerusalén, dice el Señor, tal como los israelitas traen su ofrenda de grano en vasijas limpias a la casa del Señor.” Is. 66:20

El Apóstol Pablo, hablando de ese evento como realmente cumplido bajo su ministerio, va aún más lejos en la explicación del mismo, y dice, que la santificación de sus almas por el Espíritu Santo correspondía con la unción con la que esa ofrenda fue ungida (Ro. 15:16). Aquí, entonces, estamos obligados a decir, que todos los que encuentren aceptación con Dios, deben tener una unción del Santo, incluso la unción que permanecerá con ellos y les enseñará todas las cosas (1 Jn. 2:20, 27). Deberíamos estar llenos del Espíritu, vivir y caminar bajo su misericordiosa influencia (Ef. 5:18, Ga. 5:25). En una parte posterior de este capítulo hay una orden especial para añadir a esto, y de hecho a cada sacrificio, una porción de “sal”.

Aquí no tenemos ninguna dificultad; por los mismos términos en que se da la orden, marca suficientemente su importancia: No permitirás que la sal del pacto de tu Dios falte en tu ofrenda (cf. vs. 13). Si se hubiera mencionado sólo la sal, habríamos dudado de su significado; pero, al estar anexa al pacto de Dios, no dudamos en explicarla como designando la perpetuidad de ese pacto. Es propiedad de la sal el evitar la descomposición, y las Escrituras la aplican con frecuencia al pacto, para comprender su naturaleza inmutable y su eternidad (Nm. 18:19, 2 Cr. 13:5).

En este sentido, no podemos dar cuenta de la extrema energía con la que se da la orden, o el mandato de usar la sal en cada sacrificio: porque no podemos esperar el perdón a través del sacrificio de Cristo, ni la santificación por el Espíritu, sino según el tenor del pacto eterno. No,

ni el uno ni el otro, ni ambos juntos, habrían servido para nuestra salvación, si Dios no hubiera hecho un pacto con su Hijo para aceptar su sacrificio por nosotros, y aceptarnos también como renovados y santificados por su Espíritu. Por lo tanto, nunca debemos acercarnos a nuestro Dios sin tener una referencia clara a ese pacto, como la base y la medida, la promesa y la seriedad, de todas las bendiciones que esperamos. Incluso Cristo mismo debió su exaltación a la gloria de este pacto: fue por la sangre del pacto eterno que su Dios y Padre lo resucitó de entre los muertos. “Y el Dios de paz, que resucitó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor, el gran Pastor de las ovejas mediante la sangre del pacto eterno” Heb. 13:20

Y es porque ese pacto está ordenado en todas las cosas y seguro, que podemos mirar hacia arriba con confianza para todas las bendiciones tanto de gracia como de gloria. Junto con estas cosas que se ordenan, encontramos algunas expresamente prohibidas: no debe haber ni levadura, ni miel (cf. vs. 11).

La levadura, según la explicación de nuestro Señor, era considerada como un emblema de corrupción, ya sea en la doctrina o en el principio, y la miel parece haber denotado sensualidad (cf. Mt. 16:12, Lc 12:1). Ahora estaba prohibido mezclarlas con la ofrenda de carne. Hubo ocasiones, como veremos más adelante, en las que se pudo ofrecer al menos levadura; pero en esta ofrenda no se debía mezclar ni la más mínima medida de ninguna de ellas. Esto ciertamente insinuaba que, cuando nos presentamos ante Dios por misericordia, no debemos albergar ningún pecado en nuestros corazones. Debemos alejar el mal de toda clase, y ofrecerle sólo el pan ácimo de la sinceridad y la verdad. La retención de la mano derecha o el ojo derecho, en contra de sus órdenes, será un obstáculo tan eficaz para nuestra aceptación con Dios, como la indulgencia de las más groseras lujurias. Si queremos obtener el favor de Dios, debemos ser creyentes de verdad y sin engaños.

Sin embargo, había una cosa más que añadir a esta ofrenda, el Incienso.

III. El incienso

Las instrucciones respecto a esto fueron singularmente precisas y fuertes. Esto no debía mezclarse con la ofrenda, o esparcirse sobre ella, sino que debía ponerse en una parte de ella, que, mientras que una pequeña porción de los otros materiales se ponía sobre el altar, todo esto debía ser consumido por el fuego (cf. Ver. 2, 16. “todo, todo.”). ¿Digamos que esto fue ordenado porque, al no ser apto para la comida, no debía ser guardado para la mera gratificación de los sacerdotes, para que no fuera despreciado? Esto no explica en absoluto la severidad de la orden. No dudamos de que su significado era de una importancia peculiar: que tenía por objeto intimar “el deleite” que Dios toma en los servicios de sus rectos adoradores, de aquellos especialmente que vienen a él bajo las influencias de su Espíritu, confiando en los méritos del Salvador, y en la sangre del pacto eterno.”El sacrificio de los impíos es abominación al Señor, Pero la oración de los rectos es Su deleite.” Pr. 15:8

Sí, cada oración, cada lágrima, cada suspiro y clamor de ellos, es aceptado ante Dios y es un olor de dulce aroma, un sacrificio agradable y aceptable para Él por medio de Jesucristo. Así como el sacrificio de Cristo fue muy agradable a Dios, así son los servicios de todo Su pueblo para el hacedor de Cristo (cf. Ef. 5:2, Heb. 13:16, Flp. 4:18, 1 Pe. 2:5). Hay una cosa más que debemos notar, a saber, que sólo una parte de esta ofrenda fue quemada, y que el remanente fue entregado a los sacerdotes (cf. Ver. 3, 10).

El puñado que fue quemado en el altar, es repetidamente llamado un memorial, y fue justamente llamado así, especialmente por aquellos que tenían una idea de la naturaleza de la ofrenda que presentaban, porque era un memorial de los compromisos del pacto de Dios, y de su afecto en ellos. Así es también, de hecho, cada oración que presentamos a Dios: recordamos a Dios (por así decirlo) sus promesas hechas a nosotros en su palabra; y las invocamos como fundamento de nuestra esperanza y medida de nuestras expectativas.

El remanente fue entregado a Aarón y a sus hijos. Esto, a los israelitas, les hará entender que todos los que obtengan la salvación por sí mismos, deben al mismo tiempo ser activos en la defensa de los intereses de la religión, y promover la gloria de Dios. Para nosotros, esto despliega un misterio más profundo. En el Nuevo Testamento se habla frecuentemente de nosotros mismos como hechos sacerdotes para Dios (cf. Is. 66:21, 1 Pe. 2:5, Ap. 1:6, 20:6).

Desde que se rasgó el velo del templo en dos ocasiones, hay un camino, un camino nuevo y vivo, abierto para nosotros en el Santo Espíritu (cf. Heb. 10:19-22). Todos nosotros, como linaje santo, tenemos libre y continuo acceso allí con audacia y con confianza (Ef. 3:12). También tenemos derecho a todas las provisiones de la casa de Dios. Es nuestro bendito privilegio alimentarnos de ese pan de vida, el Señor Jesús, que ha dicho enfáticamente, Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida (Jn. 6: 51-57). Podemos participar ricamente de todas las influencias del Espíritu, y reclamar todas las bendiciones del pacto eterno. De hecho, si no nos alimentamos de estas cosas, no hay vida en nosotros; pero si vivimos de ellas por la fe, entonces tenemos vida eterna.

He aquí, hermanos, el remanente de la ofrenda: aquí está, reservado para nosotros en este sagrado tesoro, el libro de Dios (Cant. 5:1, Is. 25:6). No dejes que ninguna abominación oculta se convierta en una maldición. El pan se recibe incluso de las manos del Salvador, y si participas de él con un corazón no santificado, serás seas esclavo de Satanás, y de tu pesada y eterna condena (Jn. 13:26-27). Pero, si te acercas a Dios con un corazón verdadero, y con plena seguridad de fe, Él bendecirá abundantemente tu provisión, y tu alma se deleitará en su gozo (Sl. 132:15, Is. 55:2).